

BERLÍN, 11 DE AGOSTO DE 1986

VI A HITLER EN UN MOMENTO en que el Reichstag era apenas la silueta calcinada y esquelética de sí mismo, y la puerta de Brandenburgo impedía el paso antes que concederlo. Fue una tarde en la que los vestigios morales de la ciudad subían a la superficie y flotaban como restos de madera a la deriva, antes de volver al fondo del mar para seguir pudriéndose y astillándose.

Berlín era la última etapa de nuestro viaje por Europa —veníamos de España, pasando por Francia, Bélgica y los Países Bajos—, y pronto volveríamos a nuestro país, cruzando de vuelta el Atlántico, para iniciar el año escolar. Mis dos hermanos, aún vibrando de energía, lamentaban tener que regresar. En cada pueblo y ciudad, fuese grande o pequeño,

se perdían en la noche y no volvían hasta la hora del desayuno, contestando con monosílabos malhumorados cuando se les comentaba algo acerca del dinero despilfarrado en habitaciones de hotel. Mis dos hermanas, en cambio, cargadas de historias y *souvenirs*, anhelaban poder descargar su fardo; y mis padres también estaban ya cansados y con ganas de volver a casa. Y esto sin tener en cuenta que nos habíamos gastado el sesenta por ciento del dinero que acabábamos de heredar del abuelo, del cual se suponía que el cuarenta por ciento restante debía reservarse para nuestro comercio de *delicatessen* en constante expansión.

La última velada, después de cenar temprano, nuestros padres nos anunciaron que nos llevaban a una manifestación en contra del muro de Berlín organizada para protestar por los veinticinco años de existencia de ese «icono de la Guerra Fría». Fuéramos a donde fuésemos, tarde o temprano nos topábamos con el muro, incluso el día en que visitamos los estudios Hansa, donde Nick Cave y el grupo Depeche Mode grababan sus discos, y la tienda de segunda mano en que se vendía ropa al kilo. Poco importaba a dónde fueras —Oeste, Este, Norte o Sur—, no tardabas en darte de bruces contra la intransigente cortina de cemento que te impedía ir más allá. Al menos ésa era la sensación que teníamos, de modo que pensamos que, a pesar de no ser más que siete turistas visitando la ciudad por vez primera, nosotros también tenía-

mos motivos para protestar contra esa estructura que parecía infinita y que limitaba *también* nuestros desplazamientos.

Cuando llegamos, ya había miles de personas congregadas en el lado occidental de la puerta de Brandenburgo, parejas jóvenes o menos jóvenes, niños correteando por todos lados, *punks* con sus perros, grupos de *góticos*, mujeres con el pelo rapado, hombres con petos de trabajo azules; un buen muestreo, mirando hacia atrás, de lo que era la población de Berlín Occidental en aquel entonces. La mayoría estaba de pie, pero también había numerosos corros de manifestantes sentados en la calzada, cantando y lanzado eslóganes, mientras se pasaban botellas de cerveza. Nos habían comentado, un par de días antes, que se había formado una cadena humana a lo largo del muro, con el objetivo de abarcar los ciento cincuenta y cinco kilómetros del mismo.

En el lado oriental, entretanto, soldados con uniformes grises y cascos de hierro recorrían con paso marcial la Karl Marx Allee. Me imaginaba choques espectaculares entre carne y metal, orden y caos, uniformidad y diversidad, pero bien sabía que, en la vida real, tales enfrentamientos eran en el fondo mucho más abstractos; nuestros padres habían querido llevarnos al otro lado de la frontera para mostrarnos «la verdadera cara del comunismo», pero surgió un misterioso problema con nuestros visados, y tuvimos que quedarnos toda la semana en la parte occidental, tratando de imaginarnos

cómo sería la vida allí, cada vez más intrigados por los conceptos de «este lado» y «del otro lado».

Seguía llegando gente. Los cánticos y eslóganes se hacían más sonoros, y yo apenas podía entender lo que me decía tal o cual miembro de la familia, que se inclinaba hacia mí, como si aquella noche hubiese quedado en suspenso nuestra lengua, y el alemán se hubiese convertido en el único medio de comunicación. Pero había otras maneras de hacerse escuchar, y al poco nos unimos a la larga cadena humana frente al muro y me encontré de la mano de un hombre con una coleta que llevaba una cazadora negra de cuero, hasta que uno de mis hermanos insistió para intercambiar mi sitio con el suyo. Yo trataba de imaginarme a las miles de personas con las que estaríamos vinculadas en Berlín occidental mediante aquel gesto solidario, pero la idea me causaba vértigo, así que me concentré en los *punks* que jugaban con sus perros por allí cerca, tirándoles lejos lo que parecían ser zapatillas de tenis gastadas, para que los perros corrieran tras ellas y las trajeran de vuelta. Entonces el *punk* lanzaba en otra dirección el señuelo, que a veces impactaba por error en la cabeza o en el hombro de alguien, lo que provocaba unas enormes carcajadas.

Se hacía de noche. Entre la muchedumbre pasaban los organizadores repartiendo unas velas blancas. Había quien no las quería y prefería prender su propio encendedor. Ese

océano luminoso hacía que el Reichstag pareciese más lúgubre y abandonado, y que la puerta de Brandenburgo, con su diosa de la Victoria y sus doce columnas dóricas, quedara doblemente silenciada por el crepúsculo. No muy lejos de nosotros, un viejo *punk* pertrechado con una antorcha se encaramó al muro y lanzó unos gritos hacia el Este, unas enfiurecidas palabras que, sin embargo, no logramos entender. Mi madre nos dijo que desde el otro lado unos ojos invisibles estarían espionando sus más mínimos gestos. No parecía que hubiese nadie en los miradores que alcanzábamos a ver, pero nos imaginamos a unos hombres con gorros, observando todo aquel espectáculo con mirada gatuna, prestos a reaccionar si alguno de nosotros penetraba siquiera un centímetro en su territorio.

Nos quedamos en la manifestación hasta que se consumieron las velas, se agotaron los encendedores y las voces se quedaron roncadas, hasta que nuestros relojes marcaron las doce y la gente recogió sus bártulos y empezó a marcharse. Seguimos a nuestros padres por la avenida, luego por diferentes calles, siguiendo la dirección que tomaba la gente. Era imposible encontrar un taxi, habría que tomar el metro, así que nos sumamos al gentío que se iba metiendo en la estación Gleisdreieck, cual monstruo vociferante de mil cabezas.

Era tal la avalancha frenética de gente, que no pudimos acercarnos a las máquinas expendedoras de billetes; así que

cuando llegó el siguiente metro, nos subimos en el vagón sin pagar. Sentíamos que era una de esas noches en que todo se permitía. Cientos de personas se agolpaban en el vagón, resultaba imposible darse la vuelta, y debido al calor, mi suéter empezaba a parecerme una camisa de fuerza y apenas había espacio para quitármela. Después de haber abierto el cierre y logrado sacar un brazo, me di cuenta de que mi familia estaba en el otro extremo del vagón; tuvimos que subir por puertas distintas a causa de los empujones, y ahora estábamos separados por docenas de cuerpos; pero no pasaba nada porque yo sabía dónde tenía que bajarme y, como si fuera una extraña composición cubista, todo lo que veía no eran sino fragmentos angulosos de sus rostros: los labios de mi madre, la nariz de mi padre, el cabello de mi hermana; recuerdo haber pensado que esa mezcla era más atractiva —un ser compuesto por tal o cual parte de cada uno de ellos— que el complejo conjunto de seis personas al que yo estaba unida de por vida.

El metro siguió su camino y yo me puse a examinar a los pasajeros sentados y de pie que tenía más cerca. El ambiente era festivo, tenía la sensación de estar metida en una especie de pajarera, si bien poblada con especies menos exóticas que las de nuestro país. Grupos de grandes aves negras y grises con penachos rubios se reían y bromeaban, mientras pájaros morenos de aspecto descuidado y plumaje revuelto enarbo-

laban botellas de cerveza. Unos pájaros muy serios leían el periódico de la tarde, otras aves lanzaban grititos mientras completaban crucigramas, y los pájaros más pequeños, poco numerosos, emitían a veces un píar, como si fuesen conscientes de la jerarquía y no supieran demasiado cómo participar. Entonces vi a un pájaro con unas plumas muy poco frecuentes que, contrariamente a los otros, no parecía querer llamar la atención. Justo frente a mí estaba sentada una mujer muy anciana, casi centenaria diría yo, con un pañuelo que le enmarcaba la ancha frente, que sobresalía como un planeta en cólera. Tenía unos ojos negros y hundidos, una cara cuadrada, unas mandíbulas macizas, enormemente masculinas. Sentada con rigidez, muy tiesa en el asiento, tenía bien sujeto el bolso con las manos y miraba hacia delante sin mover la cabeza.

La cara con papada, la frente grande, los ojos como brasas hundidos en las órbitas, todo resultaba tremendamente familiar, y yo tenía la sensación de haber visto ya aquella cara, pero en blanco y negro. Como la tenía justo en frente, la pude observar perfectamente, y cuanto más la miraba, más convencida estaba de que ella era... sí, sí, ella era... Hitler. Hitler viajando al Oeste. «Es Hitler —me dije—, no hay ninguna duda de que es Hitler». La anciana tenía la misma forma de cara, los mismos ojos negros y la misma frente alta, y ahora que volvía a mirarla, hasta tenía un cuadradito

sombreado allí donde hubiera debido estar el bigote. No podía dejar de mirar, petrificada, horrorizada, atónita por lo que estaba viendo. De pronto el vagón dio un bandazo en una curva. La mujer, ligeramente desequilibrada en su rígida postura, y como impulsada de vuelta al presente, alzó los ojos, y fue entonces cuando vio mi mirada clavada en ella. No me lo podía creer: mi mirada se cruzaba con la de Hitler. Al menos durante unos segundos. La anciana frunció las cejas y desvió los ojos; luego volvió a mirarme y sonrió levemente, los labios apenas se movieron, probablemente para disimular, cuando en realidad mi mirada la inquietaba.

Me latía muy fuerte el corazón. Lo que yo veía, añadido al calor sofocante en el vagón, habría bastado para provocar una crisis cardíaca en cualquier persona, incluso en mí, a mis catorce años. De hecho, era más probable sufrir una crisis cardíaca con catorce años que ver a Hitler en el metro disfrazado de anciana. ¿Cómo es posible, me preguntaba, que cuarenta años después de la guerra me encontrase cara a cara con el demonio en persona, aquel cuyo sólo nombre arrojaba una sombra sobre casi cada uno de los paisajes de mi joven existencia...? Le hice una señal a mi hermano Gabriel, que estaba mirando por casualidad en mi dirección, para que viniera a mi lado, aunque tuviera que abrirse paso como un *bulldozer* entre la masa humana; pero echó un vistazo a los fornidos alemanes que estaban entre nosotros y se encogió de hombros.

Le indiqué con gestos que captara la atención de nuestros padres, pero el muy tonto volvió a encogerse de hombros y giró la cabeza. Nada podía yo esperar de mi madre, metida en su guía turística, ni de mi padre, que intentaba descifrar las indicaciones en las paredes del vagón. Mis dos hermanas tampoco me servían de nada, enfrascadas como estaban en un conciliábulo susurrado, ajenas a todo cuanto las rodeaba, y yo ni siquiera veía a mi otro hermano, eclipsado por al menos una docena de cuerpos.

Toda mi familia estaba inmóvil, como media docena de barras metálicas clavadas en ese vagón repleto de gente, mientras yo estaba a un paso de Hitler, sin testigo alguno a la vista. Para mi gran sorpresa, *nadie* parecía fijarse en la anciana del pañuelo. Todas esas aves estaban simplemente demasiado absortas con sus plumas revueltas y su piar gregario como para prestar atención a los demás pasajeros, sobre todo a los que estaban sentados demasiado abajo, en una percha diferente de la pajarera. ¿Pero cómo no fijarse en esa frente y en esos ojos y en el cuadradito más oscuro entre la nariz y la boca, cuando la combinación de estos elementos parecía tan horrible, tan obscenamente real, palpable y presente...?

Proseguíamos nuestro recorrido subterráneo en dirección al Oeste. El metro se detuvo en Wittenbergplatz, y al cabo de unos pocos minutos, en Zoologischer Garten. Bajaron varias docenas de personas, liberando así bastante

espacio, pero mi familia se quedó donde estaba. Ahora que la masa humana era menos densa, aunque quedaba bastante gente entre nosotros, vi a unos tipos robustos, unos sesentones plantados en las cuatro puertas del vagón, todos con el mismo gabán gris, igual que cuatro auténticos buitres. Está claro que en agosto no se necesita este tipo de abrigo, hechos con un paño tan grueso que apenas se ahuecaban, así que no pude evitar preguntarme si ocultarían armas debajo.

No perdían de vista a la anciana. De vez en cuando, uno de ellos observaba a los pasajeros que ella tenía cerca, vigilaba sus movimientos con los ojos fruncidos, pero la mayor parte del tiempo se limitaban a mirarla a ella. «Son antiguos SS —pensé en ese momento—, y están aquí para proteger a la bruja que viaja *de incognito*, antiguos agentes secretos que sobrevivieron a la guerra y que desde hace cuarenta años viven escondidos con su Führer». En ese momento, la anciana levantó el brazo para ajustarse el pañuelo. Dos de los guardaespaldas tensaron un poco los hombros, malinterpretando el gesto, por un momento, como si hubiera podido ser una orden. No pude soportarlo más, y de nuevo quise hacerle una señal a mi familia, pero todos seguían absortos en lo suyo: mi madre en la guía turística, mi padre en sus desciframientos, mis hermanas en su cháchara y mis hermanos a saber en qué cosa.

En Sophie-Charlotte-Platz la anciana se levantó y me rozó al pasar, dándome con el hombro en el mío un poco más fuerte de lo preciso. Me aparté. En unos segundos, los cuatro hombres abandonaron sus puestos junto a las puertas y la escoltaron de cerca, en formación. El metro se detuvo. Se bajaron dos de los buitres, y luego la anciana, seguida de los otros dos. El escuadrón gris había desembarcado. Las puertas se cerraron y el metro se puso de nuevo en marcha, considerablemente aligerado.

Ningún miembro de mi familia me creyó, ni siquiera mi hermano Gabriel, que era el de espíritu más aventurero de todos ellos. Me dijeron que era absurdo: Hitler se había suicidado en su búnker en 1945. Todo el mundo lo sabía. Los soviéticos encontraron el cráneo, que estaba expuesto en un museo de Moscú. Era una prueba más que suficiente. Punto final.

Tres años después, el muro cayó. Y yo, de una manera u otra, crecí.